

Otras patologías de las relaciones padre-madre-hijos

Folie à deux
(Demencia compartida)

Folie à deux: n. Una condición en la cual los síntomas de un desorden mental, tales como creencias o ideas fantasiosas o ilusorias, ocurren simultáneamente en dos individuos que comparten una relación o asociación cercana.

(del francés: folie, "locura", entre deux, "dos").

En psiquiatría es un desorden psicológico de pensamientos o sentimientos, un término más neutral para referirse a la enfermedad mental. Se caracteriza por síntomas psicóticos que incluyen los delirios en un sujeto; *existe compartido por dos o más personas que viven en asociación estrecha o íntima con aquel.*

Tenemos que hablar del síndrome *Folie à deux*, porque, como verán, el papel que desempeña en la alienación es importantísimo; porque de ahí procede la base de la fortaleza de la programación y la manipulación. Es una patología de las relaciones que otorga el poder y la fuerza al padre alienador.

El *Manual de Diagnóstico y Estadísticas de Desórdenes Mentales*, publicado por la Asociación de Psiquiatría de Estados Unidos, es la referencia más utilizada para diagnosticar desórdenes mentales en Estados Unidos y otros países. *La psicosis es una clasificación psiquiátrica de un estado mental en el cual la percepción de la realidad está distorsionada*

Las parejas más comunes en las que se presenta la *Folie à deux* suelen ser las de hermanas, esposos, madre-hijo, dos hermanos, amigos íntimos o padre-hijo. Esta patología también se ha manifestado en familias enteras, por lo cual la herencia es un factor que se encuentra en estudio. Una condición casi imprescindible para que aparezca una *Folie à deux* es una estrecha convivencia y *un vínculo íntimo emocional entre las dos personas afectadas.*

La identificación con el agresor como mecanismo psicopatológico, así como el sometimiento y la falta de autonomía de un sujeto respecto del otro, parecen dar cuenta del curso y de las características del cuadro. La susceptibilidad para sugestionarse también desempeña un papel importante, porque es una respuesta atípica y de sumisión a una idea o influencia.

Las sectas o "cultos" (que revisaremos más adelante) pueden considerarse como una variante de la *Folie à deux*, donde una persona, —el líder,— inculca a un grupo su ideología personal y crea condiciones de vida que impiden los contactos de intercambio con la realidad.

El indicador de una psicosis inducida o compartida puede ser una esquizofrenia con franco predominio de contenidos paranoides, con ideas de grandeza, con una particular adaptación al mundo y una profunda relación con la otra persona, que por lo general está en una posición de dependencia, como en los casos de alienación parental.

El iniciador y el receptor tienen muchos elementos en común: han vivido estrechamente unidos en el mismo ambiente durante un largo periodo, relativamente aislados del mundo exterior; comparten muchas experiencias vitales, necesidades y esperanzas comunes, pero lo más significativo es la profunda relación emocional recíproca, así como la capacidad de crear en el sujeto una necesidad de dependencia vital

Cabe destacar que las ideas de tinte paranoico son las que tienen *una tendencia particular a difundirse por contagio psicológico.* En estos casos podría decirse que el

sujeto influido es un miembro más sano, y en este sentido se distingue desde el punto de vista clínico por una expresión más razonable de sus falsas creencias y una mayor respuesta a los argumentos racionales.

Los delirios crónicos sistematizados interpretativos de contenido persecutorio, los cuadros paranoides con delirios de contenido hipocondríaco, los delirios pasionales, las psicosis de reivindicación y venganza, los desarrollos en sector por pérdidas afectivas, todos pueden ser generadores de una Folie à deux.

A veces resulta difícil discernir cuándo una creencia ilusoria compartida por un gran número de personas empieza a ser considerada como verdad. Pero es aceptado que *si la creencia en cuestión es comúnmente aceptada por otros miembros de su cultura o subcultura no se trata de un delirio. Cuando un gran número de gente cree algo que es obviamente falso, basado simplemente en rumores, no es considerado una ilusión clínica sino más bien una histeria colectiva.*

Es posible distinguir tres tipos de díadas patológicas:

1. Las psicosis simultáneas, donde el trastorno surge al mismo tiempo en dos personas que conviven y presentan igual predisposición pre-mórbida.
2. La psicosis impuesta, donde el trastorno pasa del miembro enfermo al sano y desaparece de la sintomatología del sano al separarlos. Es la forma más frecuente.
3. La psicosis comunicada en la que al principio el sujeto inductor transmite la psicosis al receptor. Para después desarrollar en éste un cuadro psicótico de modo autónomo que no se interrumpe con la separación de los integrantes de la díada

Cuando el mismo síndrome es compartido por más de dos personas, puede llamarse *folie à trois*, *folie à quatre*, e incluso *folie à famille*. Las más recientes clasificaciones psiquiátricas se refieren a este síndrome como Desorden Demencial (ilusorio) Inducido o Desorden Psicótico Compartido.

El Síndrome de Estocolmo
y la Disonancia Cognitiva
(Comparación con el Síndrome de
Alienación

Parental)

El 23 de agosto de 1973, dos ladrones armados con ametralladoras entraron a asaltar un banco en Estocolmo, Suecia. Los dos ladrones mantuvieron a cuatro rehenes durante cinco días. Los rehenes fueron atados con dinamita al cuerpo y encerrados en la bóveda del banco. Fueron liberados el 28 de agosto. Después del rescate, a todos sorprendió la reacción de los rehenes, incluso una de ellas se despidió de beso de sus captores, luego de haberse visto amenazados en sus vidas y maltratados.

Los medios de comunicación fueron el conducto por el cual todo el mundo pudo apreciar que apoyaban a sus captores, estaban del lado de ellos e incluso le tenían miedo a la policía. Los rehenes llegaron a creer que los ladrones los protegían. De manera increíble, una rehén se involucró sentimentalmente con uno de los captores y hubo otro que los ayudó económicamente en su defensa. El vínculo emocional entre captores y rehenes quedó expuesto con claridad.

Este trastorno psicológico producido en casos de secuestro era ya un tema de estudio, pero la publicidad que el caso tuvo a nivel mundial derivó en la denominación del síndrome, el cual ya se había reconocido en otras ocasiones. Otras situaciones donde se advirtió fueron las siguientes:

- Abuso infantil.
- Mujeres golpeadas o abusadas.

- Prisioneros de guerra.
- Miembros de un “culto”.
- Víctimas de incesto.
- Prisioneros de campos de concentración.
- Relaciones intimidantes o controladoras.

Los vínculos emocionales con los abusadores, son, de hecho, una estrategia de supervivencia de las víctimas. El lado negativo de esto es que también asegura que aquellos rehenes que experimenten el llamado Síndrome de Estocolmo no colaborarán en su rescate o en las acusaciones en contra de los captores.

El Síndrome de Estocolmo también puede encontrarse en las relaciones familiares, románticas e interpersonales: esposos, novios, padres o cualquier otra persona con un papel que le permita al abusador adoptar una posición de control o autoridad.

Es importante comprender los componentes de este síndrome, puesto que forman parte de relaciones abusivas y controladoras. Una vez que se comprende el síndrome, es más fácil entender por qué las víctimas apoyan, aman e incluso defienden a sus abusadores o controladores.

Cada síndrome tiene síntomas o conductas, y éste no es una excepción. Aunque no se ha determinado una lista precisa de características, debido a la diversidad de opiniones entre los expertos y los investigadores, muchas de las siguientes características estarán presentes:

- Sentimientos positivos por parte de la víctima hacia el abusador o controlador.
- Sentimientos negativos por parte de la víctima hacia sus familiares, amigos o hacia las autoridades que intentan rescatarla, apoyarla o conseguir su liberación.
- Apoyo a las razones y conductas del abusador.
- Sentimientos positivos por parte del abusador hacia la víctima.
- Conductas de apoyo por parte de la víctima hacia el abusador.
- Incapacidad de colaborar con conductas que pudieran ayudar a su liberación.

Se han encontrado cuatro situaciones o condiciones que sirven como base para que se desarrolle el síndrome. Pueden encontrarse en relaciones abusivas, casos de abuso severo y toma de rehenes.

- Una amenaza que se percibe como de riesgo contra la supervivencia física o psicológica de la persona y la creencia de que el abusador cumplirá esa amenaza.
- Pequeños gestos de aparente amabilidad por parte del abusador hacia la víctima.
- Aislamiento de cualquier otra perspectiva diferente a la del abusador.
- Percepción de incapacidad para escapar de la situación.

Al tener en cuenta cada una de estas situaciones podemos comprender cómo se desarrolla el Síndrome de Estocolmo en las relaciones románticas y afectivas, al igual que en las situaciones de delinquentes y rehenes. Al analizar cada situación, encontramos lo siguiente:

Percepción de amenaza a la supervivencia física o psicológica de la persona

La percepción de una amenaza puede formarse a través de métodos directos, indirectos o como testigo. Las parejas antisociales o con patrones de delincuencia pueden amenazar de manera directa su vida o la de sus amigos y familiares. Sus antecedentes de violencia llevan a creer que el captor o controlador cumplirá con su amenaza si no son satisfechas sus demandas. El abusador asegura que sólo la colaboración de la víctima mantendrá a salvo la vida de sus seres queridos.

Indirectamente, el abusador o controlador hace amenazas sutiles para que la víctima nunca lo abandone o tenga otra pareja, recordándole que, en el pasado, otras personas

han pagado las consecuencias por no satisfacer sus deseos. Ofrecen pistas o indicios tales como: “Conozco personas que pueden hacer desaparecer a otras”. Las amenazas indirectas también pueden provenir de historias contadas por el abusador o controlador, por ejemplo, —cómo se vengaron de quienes se enfadaron con ellos en el pasado—. Estas historias de venganza se cuentan con el propósito de recordarle a la víctima que si abandonan al abusador, es posible que éste ejecute su venganza.

Ser testigos de los pensamientos y las actitudes del abusador o controlador es amenazador e intimidante, porque la víctima podría ser el blanco de esos pensamientos en el futuro. Así los hijos alienados de su padre evitarán ser víctimas de acciones y comportamientos tan agresivos que han visto afectar a su padre ausente y ahora castigado.

Percepción de los “pequeños gestos de amabilidad”

En situaciones amenazantes y de supervivencia, las víctimas buscarán cualquier evidencia de esperanza —algún signo menor de que la situación podría mejorar—. Cuando un abusador o controlador le muestra a la víctima algunos pequeños gestos de amabilidad, aunque de todos modos sean para beneficio del abusador, la víctima interpreta esos pequeños gestos de amabilidad como una característica positiva del captor. En las situaciones delictivas o de toma de rehenes durante la guerra, permitirle a la víctima continuar con vida es, con frecuencia, un gesto suficiente. Algunos actos mínimos, como permitirle ir al baño o proporcionarles agua o comida, son suficientes para reforzar el Síndrome de Estocolmo en los casos de rehenes tomados por delincuentes.

Con frecuencia, a los abusadores y controladores se les da el crédito positivo de no abusar de su pareja, en los casos en que la pareja hubiera sido, por lo regular, objeto de abuso verbal o físico, bajo ciertas circunstancias

La percepción de los pequeños gestos es la apreciación de un “lado amable”. Durante una relación, el abusador o controlador puede compartir información acerca de su pasado, cómo fue maltratado, abusado, descuidado, abandonado o agraviado. La víctima comienza a sentir que el abusador o controlador puede ser capaz de corregir su conducta o, peor aún, que también pudo haber sido una “víctima”. Es posible que la víctima desarrolle un sentimiento de compasión hacia el abusador y, a menudo, oímos a la víctima del Síndrome de Estocolmo defender a su abusador, diciendo: *“Ya sé que me grita, me jalonea y me insulta, pero ella ha sufrido mucho porque mi papá nos abandonó”*.

Aislamiento de cualquier otra perspectiva diferente de la del captor

En las relaciones abusivas o controladoras, la víctima siente que siempre está caminando al filo de la navaja; con miedo a decir o hacer algo que pudiera desencadenar un ataque de violencia o intimidación. Para sobrevivir, comienza a ver el mundo desde la perspectiva del abusador. Comienza a corregir aquellas cosas que podrían causar un ataque y comienzan a actuar de manera que hará feliz al abusador o evitar situaciones que pudieran ocasionar un problema. Empieza a preocuparse por las necesidades, deseos o hábitos del abusador.

Adoptar la perspectiva del abusador como técnica de supervivencia puede volverse un sentimiento tan intenso que la víctima puede mostrar, realmente, ira descontrolada hacia las personas que tratan de ayudarlo. El abusador ya está enfadado y siente resentimiento hacia cualquier persona que pudiera apoyar a la víctima. Cualquier contacto con otras personas será confrontado con acusaciones, amenazas y/o estallidos de violencia. Así, las víctimas se ponen en contra de su familia, temiendo que el contacto familiar cause más violencia y abuso. En este punto, las víctimas maldicen a sus padres y amigos, les piden que no interfieran. Ahora la víctima está de acuerdo con el abusador o controlador, y ve a las personas que le ofrecen apoyo como gente que “causa problemas”. Pareciera como si se hubieran puesto de parte del abusador o

controlador. En realidad, están tratando de minimizar las situaciones de contacto que pudieran convertirles en blanco de más ataques de abuso verbal o intimidación. Si una llamada casual ocasiona dos horas de un estallido con amenazas y acusaciones, la víctima se dará cuenta de que es más seguro no recibir más llamadas.

Percepción de la incapacidad para escapar

Como los rehenes del robo de un banco, amenazados por delincuentes armados, es fácil comprender la percepción de la incapacidad de escaparse. También en las relaciones donde hay amor, la sensación de que uno no puede escapar es muy común. Muchas relaciones abusivas o controladoras se viven como verdaderas relaciones del tipo “hasta que la muerte nos separe”, donde ambos están atrapados por cuestiones o bienes financieros, conocimiento mutuo de detalles íntimos o situaciones legales.

En la relación con un abusador o controlador, la víctima también experimenta pérdida de autoestima, desconfianza en sí misma y energía psicológica negativa. La víctima puede sentirse agobiada y demasiado deprimida para terminar la relación y abandonar al abusador.

Las víctimas adolescentes o los adultos jóvenes pueden sentirse atraídos por las personas controladoras cuando se sienten inexpertos, inseguros y abrumados por los cambios en su vida. Cuando los padres enfrentan un divorcio, un adolescente puede apegarse a un individuo controlador (la madre), sintiendo que puede estabilizar su vida. Los estudiantes universitarios pueden sentirse atraídos por personas controladoras que les prometan ayudarles a sobrevivir lejos del hogar, incluso mediante un matrimonio que les permita liberarse del control.

En las relaciones patológicas, como en el Síndrome de Estocolmo, existe una preocupación diaria hacia los “problemas”. Para sobrevivir, los “problemas” deben ser evitados a toda costa. La víctima debe controlar las situaciones que causan problemas. Esto puede incluir evitar a su familia, amigos, compañeros de trabajo y cualquier persona que podría ocasionar un “problema” en la relación abusiva. La víctima no odia a su familia y a sus amigos: sólo está evitando “problemas”.

El Síndrome de Estocolmo genera un vínculo patológico con el abusador. Es la razón por la que muchas víctimas continúan soportando y apoyando a un abusador, incluso después de que la relación ha terminado. También es la razón por la cual continúan viendo “el lado bueno” de un abusador y se muestran compasivos con él.

La disonancia cognitiva explica cómo y por qué las personas cambian sus ideas y opiniones para apoyar situaciones que no son saludables, positivas o normales. En teoría, las personas buscan limitar la información o las opiniones que le hacen sentirse incómodas. Cuando tenemos dos tipos de cogniciones (conocimientos, opiniones, sentimientos, puntos de vista de otras personas, etcétera) que son opuestos, la situación se vuelve emocionalmente incómoda. Aunque se encuentren en una situación tonta o difícil, son pocas las personas que admiten ese hecho. En cambio, intentarán disminuir la disonancia, el hecho de que sus conocimientos o información no coinciden, ni tienen sentido. La disonancia cognitiva puede disminuir al adquirir nuevos conocimientos o información, incorporando así nuevas ideas o sentimientos.

Leon Festinger fue el primero en acuñar el término “disonancia cognitiva”. En 1956, él observó en un “culto” cómo los miembros dejaron voluntariamente sus propiedades, ingresos y negocios para trabajar allí. Este “culto” creía en mensajes del espacio exterior que predecían el día en que el mundo se acabaría por una inundación. Como miembros del “culto” y firmes creyentes, los fieles creían que podían ser salvados por platillos voladores en el momento indicado. Conforme se reunieron y esperaron ser trasladados por los platillos voladores, llegó y pasó el momento en que el mundo se acabaría. No ocurrió ninguna inundación ni apareció ningún platillo volador. En lugar de aceptar que fueron tontos, después de toda esa inversión emocional y personal, decidieron que sus creencias

realmente habían salvado al mundo de la inundación y se volvieron creyentes más fervientes después de que la profecía fracasó. La moraleja consiste en lo siguiente: cuanto uno más invierte (ingresos, empleo, emociones, propiedades, tiempo, esfuerzos, etcétera), más fuerte es la necesidad de justificar nuestra posición. Cuando jugamos a la lotería con un “cachito” de \$25.00 y perdemos, fácilmente justificaríamos nuestra “inversión” perdida, simplemente con la frase: “Tal vez en la próxima”. Pero si “invertimos” todos nuestros ahorros, vendemos el coche y la casa para entrar a la lotería y perdemos, tendríamos que buscar justificaciones casi místicas e irracionales para respaldar semejante acción.

Las relaciones abusivas generan una importante dosis de inversión múltiple patológica de ambas partes. En muchos casos, se tiende a permanecer y apoyar la relación abusiva, debido a lo que se ha invertido en esa relación. Hay diferentes tipos de inversión que mantienen atadas a las personas: emocional, social, familiar, financiera, estilo de vida, intimi

dad sexual, etcétera. Algunas víctimas han experimentado una destrucción de su autoestima emocional y/o sexual en este tipo de relaciones. La pareja abusiva puede amenazar con difundir rumores o contar detalles íntimos o secretos. A menudo encontramos este tipo de chantaje que utiliza la intimidad. En muchos casos, no se trata simplemente de sentimientos hacia un individuo que mantiene atrapada a la víctima en una relación no saludable, se trata más bien de todo lo que se ha invertido.

¿Qué sucede cuando se combinan dos condiciones patológicas?

La combinación del Síndrome de Estocolmo y la disonancia cognitiva produce una víctima que cree firmemente que la relación no sólo es aceptable, sino también, de manera desesperada necesaria para su supervivencia. La víctima siente que sufrirá un colapso mental si la relación termina. En las relaciones largas, las víctimas invierten todo. La relación queda por encima de su nivel de autoestima, valor personal y salud emocional.

Por las razones descritas, la víctima siente que sus familiares y amigos son una amenaza para la relación y, eventualmente, para su salud personal y existencia. Cuanto más protesten los familiares y amigos acerca de la naturaleza abusiva y controladora de la relación, más disonancia cognitiva desarrollará la víctima y se pondrá a la defensiva. En esta instancia, los familiares y los amigos se vuelven víctimas de la persona controladora.

Un factor importante a tener en cuenta es que tanto el Síndrome de Estocolmo como la disonancia cognitiva se desarrollan sobre una base involuntaria. La víctima no inventa esta actitud. Ambas condiciones se desarrollan como una estrategia para existir y sobrevivir a una relación y un ambiente amenazante y controlador. A pesar de lo que podamos pensar, los seres queridos no están involucrados en una relación no saludable para irritarnos, avergonzarnos o llevarnos al alcoholismo, por poner un ejemplo. Lo que pudo haber comenzado como una relación normal se volvió una situación abusiva y controladora. La víctima está tratando de sobrevivir. Su personalidad ha desarrollado los sentimientos y pensamientos necesarios para sobrevivir a esa situación y reducir sus riesgos físicos y emocionales.

Todos desarrollamos actitudes y sentimientos que nos ayudan a aceptar y sobrevivir. Desarrollamos estas actitudes y sentimientos en nuestro trabajo, comunidad y en otros aspectos de la vida. Como se ha visto antes, cuanto más disfuncional es una situación, más disfuncional es la adaptación y las ideas que se desarrollan para sobrevivir. La víctima está intentando sobrevivir y lucha por que la relación funcione. Una vez que decide que la relación no funciona y que no la puede reparar, necesita apoyo mientras se recupera para volver a un estilo de vida saludable.

Es necesario entender el poder que tienen los captores sobre los rehenes, *pues funciona de manera similar al SAP, en términos del poder casi inexistente del padre alienado*. La combinación de miedo, adoctrinamiento, programación y la “desesperanza

aprendida” promueve la lealtad y obediencia hacia los captores. Así, una madre alienadora no se ve a sí misma como enemigo, sino como una persona necesaria para la supervivencia y el bienestar de su hijo. Los hijos alienados de sus padres pensarán: “*No necesito a mi padre, con mi mamá estoy bien*” (como me sucedió a mí), pues ese estado es consecuencia del lavado cerebral y de la programación.

¿Cómo se transforma el captor en benefactor? Es el mismo proceso que se presenta en el SAP: mediante el control sobre los hijos, el desarrollo de una dependencia absoluta, y estrategias de aislamiento. Debido a los periodos de ausencia del padre alienado y la total dependencia de la madre alienadora para sobrevivir, la cercanía y sentimientos hacia el padre alienado van disminuyendo, haciéndose cada vez más tenues, hasta que el hijo empieza a pensar que en realidad su otro progenitor no hace ningún intento por acercarse.

Los rehenes, eventualmente, empiezan a sentirse seguros con sus captores, llegando a creer que ellos son su bienestar y seguridad. Los captores proveen insumos y medios de supervivencia, además brindan seguridad. Lo mismo sucede con los hijos sujetos a la alienación de su padre: sienten que la madre es quien puede protegerlos, especialmente del padre, aún cuando éste sea quien provee los recursos económicos. La madre maneja la información para hacer sentir a sus hijos alienados que ella está a cargo de todo. Esta actitud desencadena una sensación de inseguridad y dependencia entre los rehenes y los hijos alienados. El siguiente paso es la gratitud ciega, pues son víctimas de un proceso similar de programación.

Los “cultos” y el Síndrome de Alienación Parental

Se ha hecho mención de los “cultos” en varias ocasiones a lo largo de este libro y es necesario que profundicemos un poco en estas conductas patológicas que se dan entre miembros cercanos, que al parecer persiguen un mismo objetivo entre ellos. El factor común es que las acciones y comportamiento de los miembros de cualquier “culto” siguen de una forma irracional al líder de dicho “culto” y cómo existe un paralelismo de comportamiento e irracionalidad con el SAP.

¿Como se define un “culto”? Siendo honesto, no puede aplicarse una definición estricta, ya que todos los nuevos movimientos religiosos podrían caer en esta definición, cuando en verdad, no lo son. Lo que debemos revisar son las experiencias y vivencias de los comportamientos dentro de estos grupos.

Si hablamos de relaciones, definiríamos “culto” como la relación de una persona (líder) con otra u otras personas donde la intensidad de las demandas de tiempo y recursos del primero son tales que el otro o las otras sufren disfunciones en una o varias de las áreas básicas de la vida: familia, relaciones, trabajo, escuela, finanzas, legales, espirituales incluyendo el bienestar físico y emocional. Así que viéndolo de esta forma, un “culto” es una organización que de manera consciente y por propia voluntad genera y promueve relaciones destructivas y disfuncionales, donde los miembros de ese “culto” tienen un objetivo en común que es alcanzar las metas de poder, financieras del propio “culto” o particulares del líder. También se observa la necesidad patológica de sus miembros de buscar la aprobación constante y a cualquier costo del líder del “culto”.

¿Quién es el líder de un “culto”? Sin lugar a dudas, existen tantos perfiles de líderes de “cultos” como “cultos” han existido, sin embargo, la mayoría de ellos poseen la característica de tener un grado mayor o menor de sociopatía con elementos de narcisismo y paranoia.

Éstas son algunas características de los líderes de un “culto”, pueden poseer todas, sólo algunas de ellas o combinaciones infinitas. Cada una puede variar en intensidad según el caso:

- Ensimismamiento intenso.
- Falta de empatía hacia los demás.
- Falta de respeto a reglas sociales y normas de comportamiento.
- Elaboran sus propias reglas y justificaciones para éstas.
- Tendencia proyectar las faltas propias en otras personas.
- Falta de interés en los sentimientos de otros. Sólo los propios importan.
- Deshonestidad y manipulación en tratos interpersonales.
- Tendencia de ver a los otros como una vía para obtener sus propios intereses.
- Motivación principal: dinero, poder y control.
- Hostilidad, odios, prejuicios.
- Juicios superficiales sobre las personas y situaciones.
- Su escala de valores siempre favorece a aquel en el poder.
- Interpreta la bondad como una debilidad o la utiliza para manipular.
- Tendencia a utilizar a las personas y verlas como inferiores.
- Tendencia sado-masoquista.
- Incapacidad de mostrarse satisfecho.
- Narcisismo exacerbado.
- Paranoia.

Es común que los líderes de los “cultos” profesen y prediquen exactamente lo contrario a lo que sus acciones y conductas muestran. Existen muchos casos donde en nombre de Dios o el amor, se mata, desfigura, castra y roba a los miembros del “culto” o sus detractores. Llegan a manejar inclusive el mensaje de la destrucción total del planeta.

No es raro encontrar que los miembros de los “cultos” se mimeticen con el líder en sus conductas sociopáticas, narcisistas y paranoides; en casos extremos, esta mimetización puede llegar a ser física, siendo ésta una forma mediante la cual el líder “roba” a sus seguidores de su personalidad. No está muy clara la razón por la que algunas personas son atraídas hacia estos líderes u organizaciones. Hemos escuchado muchas veces que los líderes de los “cultos” están “locos”. Si creemos que una persona demente es aquella que no puede diferenciar entre el bien y el mal, yo diría que los líderes de los “cultos” no son dementes. No están locos. Entienden perfectamente la maldad de sus actos, simplemente sus motivaciones no son comprensibles para la mayoría.

Las motivaciones de un líder pueden ser variadas, pero definiremos como las principales: poder, riqueza, necesidad de aprobación, gratificación personal (drogas, sexo, adulación), inseguridad (emocional o económica), etcétera.

Los “cultos” pueden ser grandes o pequeños, pero lo que los define no es su tamaño, sino su comportamiento. Todos hemos escuchado hablar de ellos, de uno u otro, porque han sido muy públicas sus acciones y prácticas, llegando incluso al suicidio colectivo. También existen “cultos” pequeños con menos de una docena de miembros, que siguen a un “gurú”; y los “cultos” familiares, donde algún miembro de la familia, comúnmente el padre o la madre utiliza engaños, manipulaciones económicas o emocionales y técnicas de control sobre los demás miembros de la familia. Probablemente los que se conocen menos son los “cultos” aislados, donde una sola persona ejerce el control sobre la vida de otra. Este tipo de “culto” es una relación íntima donde de manera deliberada se manipula y explota a la otra persona, y por lo regular encontramos abuso físico del controlado. Es usual que exista gran contrapeso de poder entre los dos participantes. El fuerte utiliza su influencia para controlar, manipular y explotar al otro. En esencia, el “culto” uno a uno, es una visión reducida de un “culto” de grupo; sin embargo, el abuso y maltrato puede ser de mayor intensidad y con peores consecuencias debido a que todo el esfuerzo se centra en una sola persona.

En muchos matrimonios o relaciones de convivencia doméstica, donde existe abuso por parte de uno de los padres, se puede explicar como un fenómeno de “culto” de uno a uno. Otros casos de “cultos” uno a uno los podemos encontrar en el trabajo, donde el perpetuador del abuso es el jefe y el subordinado es controlado y abusado, también en sacerdotes con algún feligrés, terapeutas con pacientes, carcelero y prisionero, maestro y alumno.

Las técnicas más comunes que encontramos en los “cultos” incluyen la segregación y el miedo inducido, la alternancia entre la bondad y la amenaza y la maldad para producir un desequilibrio emocional, inducción de culpas, dependencia y desamparo enseñado o inducido. El grado de intensidad de estos factores en una relación, ya sea individual o grupal, determina la intensidad del control.

Las similitudes entre la devoción a un “culto” o su líder y las ataduras en las relaciones patológicas entre individuos con sus agresores son abrumadoras. Una persona que sufre de abuso psicológico y manipulación es sometida a las siguientes condiciones: control verbal o físico, encarcelamiento y aislamiento, creación de miedos y mantenimiento de los mismos, culpa inducida, pruebas continuas de su “amor”, adoctrinamiento para la soledad, debilidad y desamparo, lealtad forzada hacia el líder, auto denuncia frente al líder, expresiones patológicas de celos y secrecía absoluta.

Cuando la manipulación y la coerción han sido profundas, la persona que se aleja de esa relación sufre los mismos síntomas y problemáticas de quienes dejan un “culto” grupal.

La devoción excesiva que exige el líder

Como ya se dijo, los “cultos” están por lo general, organizados alrededor de un líder, es común que este individuo sea carismático y mantiene el poder y control absoluto del grupo. Dentro del “culto” el líder es considerado superior, con fuerzas casi sobrehumanas, con voluntad de hierro para hacer lo que se propone, con mejores capacidades para comprender y afrontar las situaciones; se le reconoce por su capacidad de demostrar su amor y, al mismo tiempo y con la misma fuerza, su desprecio, y por lo tanto, se merece la devoción y por supuesto, hay que temerle. Debido a su supuesta grandeza y capacidad para ver las cosas, así como de sus conocimientos, los líderes se presentan como alguien que conoce más a cada miembro del “culto” que inclusive ellos mismos. La supuesta grandeza de los líderes les permite compartir sus conocimientos con los miembros del “culto”, incluso cuando esto representa un “gran sacrificio” para ellos. Los miembros del “culto” necesitan de la guía y sabiduría del líder para ser mejores, y en los casos más extremos, incluso para funcionar y sobrevivir. A cambio de la entrega de esta sabiduría, los miembros del “culto” deben mostrar amor y devoción para el líder, y exclusivamente para él, quien se ha ganado el sitio central de las vidas emocionales de los miembros del “culto”. Algunos líderes de estos grupos han sido diagnosticados como psicópatas y narcisistas, debido a la falta de humildad al presentarse ellos mismos como superiores, y por el deseo y la voluntad de utilizar su carisma y habilidades persuasivas para explotar e influir en otras personas.

En el estudio presentado por la doctora Amy J.L. Baker se analizaron 42 casos de adultos que habían sido objeto de alienación parental y durante años estuvieron lejos de uno de los progenitores (95% por las madres). Describieron a su padre alienador en la misma forma que se expresan quienes han escapado de algún “culto”. El padre alienador reclamaba ser el centro de atención: sus sentimientos y necesidades eran primero que las de los demás. Tenían que ser el centro de atención de la vida emocional de los hijos. “Todo giraba alrededor de mi madre” decía uno de ellos. Otro de los participantes dijo: “Nos hacía pensar que ella podía ser nuestro todo, resolver todo. También veía cómo le agradaba que yo odiara a mi padre y que ella era todo lo que yo tenía”.

En los “cultos” no es suficiente la devoción hacia el líder, los miembros deben mostrar y vivir esa devoción constantemente. Las expresiones de esta devoción incluyen: poner las necesidades del líder por delante, confesar las propias imperfecciones y errores, y permitir que el líder tome todas las decisiones importantes, y por supuesto debe hacer expresiones públicas del amor y devoción hacia el líder. Estas acciones le aseguran al líder que el adoctrinamiento ha sido realizado con éxito y el compromiso hacia el “culto” está consolidado.

Este proceso de devoción ocurre también en las familias con padres alienados. Los participantes en el estudio reportaron que existía una presión constante para que demostraran su devoción al padre custodio. En muchos casos describen cómo sentían que las necesidades y sentimientos del padre alienador eran más importantes que los suyos. Recuerdan cómo dejaban, por ejemplo, de asistir a fiestas y reuniones, para “hacerle compañía” al padre alienador. “Yo hacía todo lo posible para aligerar la carga de mi madre, que sufría mucho por culpa de mi padre; esa era mi misión, la vida de mi madre es muy dura y tendré que hacer lo necesario para ayudarla”, comentó uno de los participantes. En general se sentían como extensiones de la madre alienadora, pues su meta principal de vida era cuidarla, admirarla y complacerla.

Una actividad muy importante de la expresión de la devoción, era la alianza en contra del padre ausente. Algunos recuerdan que la madre alienadora les pedía que espieran al padre. Otros tenían que entregar “reportes” negativos de sus encuentros con el padre alienado, en los que debían exagerar cualquier situación para satisfacer a la madre, incluso inventando situaciones de maltrato. Así se unían a ella en la guerra contra el padre ausente.

Como en los “cultos”, las muestras de devoción eran extraídas a los hijos mediante métodos sutiles o por la fuerza, pues a veces había castigos e incluso golpes. Normalmente este estado de coerción fluctúa entre lo bueno y lo malo, se alternan los gritos y los besos, los apapachos y los tirones de pelos, entre los premios y los viajes y la “ley del hielo”. Con la combinación y habilidad para el chantaje e inducir culpas, las madres logran poner a los hijos en contra de sus padres. Tal y como sucede en los “cultos”, donde las visitas familiares cesan por completo y son vistos incluso como enemigos que “no entienden las prácticas y costumbres de nuestro grupo”.

La máxima expresión de devoción y lealtad es cuando un miembro del “culto” renuncia a cualquier tipo de influencia o fuente de información. *Tal y como sucede con un líder de “culto”, los padres alienadores requieren un espacio exclusivo en el corazón y la mente de sus hijos.* Los padres alienadores hacen sentir culpa y vergüenza a los hijos que quieren ver a sus padres ausentes. Uno de los participantes expresó: “Cada vez que regresaba de ver a mi padre me sentía como un traidor”. Al final, los participantes fueron forzados o “convencidos” para dejar de ver a su padre. *Las constantes expresiones de temor, inseguridad y no merecedor del amor del hijo, logran su cometido y los hijos creen verdaderamente que es imposible amar a ambos padres ya que queriendo al padre ausente traicionarían a la madre alienadora.* Más de uno de los participantes recordó tener pensamientos como éste: “Ojalá que se muera mi padre, quisiera que tuviera un accidente de coche y muriera”. Otro dijo: “Verdaderamente creía que mi padre era un desgraciado, llegué a dar gracias a Dios de que se hubieran divorciado”. Estos sentimientos reflejan claramente la falta de ambivalencia en las relaciones humanas sanas.

La otra característica de los “cultos” es la forma en que sus líderes manipulan los sentimientos y pensamientos de los miembros para así generar una sensación de dependencia en tre ellos. Estos síntomas estaban también presentes en todos los casos estudiados, ya fuera por acciones y conductas del padre alienador, por expresiones o por una táctica

común, los silencios prolongados del líder. Se presentaron seis mecanismos principales en los 42 adultos motivo del estudio:

1. Maldecir y denostar sin compasión y continuamente la personalidad y carácter del otro padre con el propósito de reducir su importancia y valor.

De la Real Academia Española: “maldecir” (*Del lat. maledicēre*).

1. *tr.* Echar maldiciones contra alguien o algo.

2. *intr.* Hablar con mordacidad en perjuicio de alguien, denigrándolo.

2. Crear la impresión de que el padre ausente era peligroso para el hijo y la madre, incluso de “planes” del padre ausente para lastimar a su hijo. Con esto logran el miedo y el rechazo necesario para la alienación.

3. Engañar a los hijos en relación con los sentimientos del padre ausente para así crear resentimientos, enojo y distanciamiento psicológico.

4. Despojar al hijo del “amor” del padre alienador cuando éste muestra cualquier signo de afecto hacia el otro padre. Con esto se logra la continua necesidad del hijo de mostrarle afecto al padre alienador.

5. Borrar completamente al padre ausente de la vida y la mente del hijo, ya sea minimizando el contacto físico o el contacto simbólico con recuerdos y situaciones antes vividas.

6. Cambiar el domicilio para lograr despojar al hijo de recuerdos y vivencias que tenga con el padre ausente.

En el SAP, el padre alienador se beneficia de la manipulación de sus hijos y la “eliminación” del otro padre. Se beneficia de no tener que compartir a su hijo; eliminando así, los pro

blemas de coordinar las visitas, vacaciones y tener que manejar el compromiso que requiere compartir un hijo con alguien a quien ya no se ama, o con quien no vive más. También se beneficia ejerciendo venganza y desprecio en contra de la persona que considera les causó daño y abandono. La oportunidad de denigrar al otro, es la mejor arma para infringir el máximo dolor y pena. Y por último, se beneficia su narcisismo porque se convierte en la persona más importante para sus hijos. Con estas estrategias, el padre alienador extiende su control más allá de la juventud y en muchos casos hasta bien entrada la madurez de los hijos. Al cultivar y promover la dependencia emocional y física, retrasan o evitan por completo la separación natural de los hijos; además, que los sentimientos de estos hijos, causados por la separación de los padres son devueltos por el padre alienador; ya que el culpable fué y será, el padre alienado.

Así como los beneficios para los líderes de los “cultos” son vastos, los costos para sus miembros son enormes. En diversos estudios se describe cómo los miembros de los “cultos” pierden su identidad, así como tiempo valioso con sus familias e incluso sus sueños de vida debido a las estancias prolongadas dentro de dichos grupos. Los costos son económicos y psicológicos para los miembros. Muchos de los “cultos” requieren aportaciones económicas importantes de sus miembros, otros inclusive les obligan a dejar sus bienes a favor de los “cultos”, logrando así que dependan económicamente del líder. Además de los costos económicos, los costos psicológicos de los miembros son devastadores, en todos los casos estudiados, las personas que han escapado de algún “culto” manifiestan:

1. Pérdida de la autoestima debido a la dependencia tan profunda.

2. Culpa y arrepentimiento por haber herido a familiares y amigos

3. Depresión y tristeza ocasionadas por el tiempo perdido junto a sus familiares y amigos.

4. Dificultad para confiar en sí mismo y en otras personas.

5. Dificultad para incorporarse nuevamente a la vida productiva anterior.

Los participantes en el estudio comparativo sufrieron cada una de estas condiciones como resultado de haber sido alienados por alguno de sus padres y como consecuencia de las acciones y conducta del padre alienador.

El Síndrome de
la

Madre

Maliciosa

“Mira hijo mío, yo te podría contar cosas de tu padre que te pondrían los pelos de punta, no sabes las cosas que hacía y lo que sufrí, pero como yo no soy esa clase de persona, no te diré nada, no voy a criticar a tu padre frente de ti”.

El doctor Ira Daniel Turket, entre 1994 y 1995, describió el Síndrome de la Madre Maliciosa en casos de separación de los padres, es decir, un conjunto de conductas y factores que se presentan cada vez con mayor frecuencia en los divorcios y, sin embargo, no se le ha dado la importancia debida. “La madre intenta injustificadamente castigar a su ex marido; interfiere con los acuerdos de visitas y acceso del padre a los niños; se produce un patrón de actos maliciosos contra el padre; y finalmente, el desorden no se debe a un trastorno mental, aunque se pueda presentar simultáneamente”

Un padre gana por la vía judicial la custodia de los hijos, entonces la madre decide rayar su coche y romperle los cristales. Una madre se cambia de casa para alejarse de su ex marido y así complicarle las visitas programadas. La madre que deja el refrigerador vacío para que los hijos constaten la miseria en que los dejó el padre y les dice a los hijos que el padre se gasta su dinero “con mujeres”. Éstas son conductas anormales dentro de un proceso de divorcio, pero que se presentan cada vez con mayor frecuencia.

Estos síntomas han sido poco estudiados y descritos por la literatura. En la actualidad, existen varios sitios de Internet con información sobre el tema, pero las escuelas de psicología y menos aun los órganos judiciales lo toman con la seriedad que merece. Gardner describe el hecho de que “lavado de cerebro” no es un término lo suficientemente amplio para describir lo que sucede en estos casos.

No existe todavía una clasificación para este conjunto de síntomas. Veremos cada día más investigación y estadísticas al respecto, pero siguiendo los criterios encontrados por el doctor Turkat podemos establecer que las madres enfrascadas en el Síndrome de la Madre Maliciosa presentan las siguientes tres características en diferentes grados y combinaciones:

1. Castigar injustificadamente al ex marido:

- a) Mediante la alienación del hijo contra su padre.
- b) Manipulando e involucrando a otros en la alienación en contra del padre, familiares, amigos, terapeutas, etcétera.
- c) Convertir el juicio de divorcio en un litigio desgastante para el padre.

2. Restringir de manera directa y negar a los hijos de:

- a) Visitas regulares e ininterrumpidas con su padre.
- b) Acceso libre telefónico con el padre
- c) La participación del padre en asuntos relacionados con la escuela y actividades extras que desarrollan los hijos.

3. Actos maliciosos en contra del padre tales como:

- a) Mentir a los hijos sobre el padre, su pasado, sus relaciones personales, incluso íntimas, acerca de la manutención y las “intenciones” del padre.
- b) Mentir a otros, manipularlos, hacer acusaciones falsas sobre el padre desprestigiándolo frente a compañeros de trabajo, amigos y familiares.
- c) Violación de los acuerdos legales de divorcio.

El desorden malicioso no se relaciona específicamente con otro desorden psicológico, sin embargo, pueden existir previamente otros desórdenes.

Es necesario aclarar que la intención de una madre maliciosa no es solamente “molestar” al padre y hacerle la vida más difícil, sino privar al padre de sus hijos permanentemente. En episodios aislados las cosas se ponen más tensas de lo normal, pues en una relación sana ambos padres saben que los hijos estarían mejor si vivieran todos juntos.

Es probable que cuando se presenta un caso severo del síndrome, haya habido desórdenes previos de la personalidad, los cuales, de forma individual o combinada son: comportamiento pasivo-agresivo, paranoia, conducta histriónica o trastorno límite de la personalidad, factores existentes en el matrimonio como celos desproporcionados, manipulación y chantajes emocionales a los hijos y/o al esposo, autovictimización y grandes sentimientos de culpa. El odio no tiene límites ni fronteras.

El problema grave del SAP y del Síndrome de la Madre Maliciosa que lo hace más complicado, es que comúnmente se convierte en un efecto transgeneracional cuando las familias presentan síntomas de disfuncionalidad, manipulación y chantajes. Por lo regular, el alienador tiene en su familia personas que lo apoyan totalmente y que practican las mismas conductas alienantes en contra de los hijos y el padre. Puede ser la madre, el padre o los abuelos de la alienadora quienes, incluso con sus propios métodos sutiles, alientan las peleas y la separación. Hasta mantienen económicamente a la madre alienadora. Esta situación la fortalece y la lleva a pensar que todo lo que haga en contra del padre de sus hijos es totalmente justificable. Una madre es maliciosa cuando entre otras cosas no puede separar sus intereses de los de sus hijos, y en esta confusión patológica que vive, cree de manera ferviente, que eso que ella quiere es lo mejor para los hijos, a pesar de las negativas o razonamientos de éstos. Como cree saberlo todo y más aun lo relacionado con sus hijos, vive plenamente convencida de que todas las decisiones de sus hijos deben ser influidas por ella. Este problema no se detiene aquí, ya que esta madre maliciosa está dispuesta a todo para que las cosas se hagan como ella dice, y quiere, de aquí nace la hostilidad implacable que da lugar al Síndrome de la Madre Maliciosa.

El complejo de Medea

Aún antes de que el doctor Gardner identificara el SAP el problema ya existía, pues la referencia más antigua apareció alrededor del año 400 a.C. Eurípides escribió la historia de Medea, un relato de amor intenso que, al transformarse en odio igualmente intenso, hace que Medea mate a sus propios hijos, como una forma de venganza por la traición que siente por parte de su amado, Jasón. También engaña a su propio padre, el rey Aeetes y mata a su hermano para que Jasón pueda robarse el manto de oro. A pesar de todo, Jasón deja a Medea para casarse con otra princesa. Ésta planea su venganza. Medea le ofrece como regalo de bodas a la novia de Jasón, una capa hermosa y una diadema, y manipula a Jasón para que retrase la boda y sean sus hijos quienes entreguen el preciado regalo, así que los utiliza para matar a la nueva esposa. Cuando la novia recibe los presentes y se los pone, un veneno mata a la princesa y su cuerpo empieza a deshacerse; ella muere de forma dolorosa. Cuando el padre de la novia corre a abrazar a su hija, éste también es infectado y corre la misma suerte de muerte dolorosa y tormentosa. Medea, entonces, toma su espada y mata a sus dos hijos. Todos los presentes se quedan atónitos. ¿Qué nivel de venganza lleva a una madre a asesinar a sus dos hijos? Medea escapa de Jasón, lo amenaza: si abraza o entierra a sus hijos él también morirá, ni siquiera deja que los toque. El júbilo y regocijo colman a Medea por

haber podido vengarse tan profundamente de Jasón y haberlo hecho sufrir con la muerte de sus hijos.

El doctor Fred Pine se refiere a Medea como una forma particular de odio profundo por parte de las mujeres. La experiencia íntima de Medea es un conjunto de sentimientos de dolor que se suman a la imaginación de haber sido humillada ante la sociedad. En la mente de Medea surge la intuición de que *“la injusticia recibida es tan grande que justifica cualquier acción de mi parte”*. Este complejo se acompaña frecuentemente de hostilidad y odio. El origen puede ser que por su sentimiento de haber sido tan maltratada, tiene el derecho de hacer lo que sea para vengarse y hacer sufrir a la pareja que la abandonó. Incluye un resentimiento sin compasión y sin remordimiento que traslada a los hijos, y que fácilmente puede volverse en contra de éstos si no actúan a favor del odio de la madre. *El doctor Pine cree que para que una madre se vuelva tan destructiva hacia sus hijos, debe haber estado expuesta a una gran hostilidad y manipulación por parte de su propia madre, una madre que siempre creyó que tuvo la razón en sus acciones y sentimientos.*

El doctor Jacobs describe el modelo psicodinámico del divorcio patológico, donde la madre es claramente una narcisista, amargada y dependiente que trata por todos los medios de destruir el vínculo padre-hijo con el propósito de vengarse del dolor sufrido por un “marido de su propiedad”, o un “marido héroe”. Estas madres que consideran “suyo” al marido, regularmente también creen que el marido no hubiera sido capaz de hacer nada sin ellas, así que el marido está siempre en deuda con ellas. Jacobs sostiene que la madre es tan dependiente de estos sentimientos, que no puede sobreponerse a la pérdida, así que se aferrará al odio hacia el padre de sus hijos.

Sin lugar a dudas, Medea tiene *un súper yo* incontrolable. Sabemos que ella traiciona a su padre y a su hermano para ayudar a Jasón a robarles. Así que la traición y la mentira es algo natural en ella. No sólo mata a la novia de Jasón y el padre de éste. Su amor, convertido en odio, es tan pasional que destruye aquello que la intimidad entre ella y Jasón creó: sus hijos. Su odio va más allá del instinto de proteger a sus hijos. Medea tiene que hacer sufrir a Jasón más de lo que ella sufre, debe ser venganza con castigo.

El Complejo de Medea incorpora a una madre que tiene una relación patológica con su esposo o ex esposo. Siente gran hostilidad que proviene de la hostilidad de su propia madre. Este enojo, por una parte surge del deseo de destruir a sus hijos que le recuerdan al marido y por venganza hacia él; pero por otro, el enojo y la frustración que siente de toda su situación, así como el temor de que “alguien” (incluso ella misma) les haga daño a los hijos.

Se convierte en sobreprotección patológica. No es capaz de permitir que sus hijos se separen de ella. Cuando la madre desea castigar al marido, la agresividad, directa, pasiva y en diferentes formas es dirigida también hacia los hijos. *En el inconsciente de la madre, los hijos y el marido representan el mismo peligro: la pueden traicionar o ya la traicionaron, así que la destrucción de ambos es deseada.* En resumen, la madre que programa o “lava el cerebro” de los hijos, sufre de un Complejo de Medea. Es probable, que esta madre sufra de paranoia, o bien de trastorno límite de la personalidad con estructura psicótica del carácter. No puede manejar la pérdida y es probable que tampoco la humillación que ella cree que existe a su alrededor. Permanece atada psicológicamente al marido con el firme propósito de vengarse; sostiene a los hijos como rehenes de su miedo y su frustración. Una madre con el Complejo de Medea, normalmente destruye poco a poco su feminidad para así destruir a sus propios hijos negándoles una madre.

El Complejo de Medea se presenta aun cuando no se haya roto el vínculo padre-madre, pero la madre ya se siente humillada, abandonada o desprotegida del marido, y por lo tanto humillada y lastimada. Al ocurrir la separación familiar, este complejo se vuelve incontrolable en su deseo de venganza desproporcionada. Con su conducta, las

palabras y la forma de expresarlas, sus silencios, y expresiones corporales y faciales, el progenitor alienador manipula y predispone a sus hijos en contra del padre ausente, y es sin duda una forma de maltrato que puede acabar con la capacidad del hijo para desarrollar una vida afectiva en el futuro. Una madre con Complejo de Medea va matando poco a poco a sus hijos, para así vengarse del marido. Los mata, como Medea, que no encuentra una mejor forma de vengarse de quien la abandonó.

Testimonio de una madre alienadora

¿Alienadora? Yo nunca había escuchado este término, y mucho menos imaginaba que tenía algo que ver conmigo.

Hoy tengo 50 años, más de 28 felizmente casada con mi segundo esposo, padre de mi hijo y quien además ha sido un excelente padrastro para mis dos hijas.

Tuve a mi primera hija a los 17 años, la segunda apenas a los 18, por supuesto que no sabía lo que hacía o qué quería. ¿Quién lo sabe a esa edad? Nos divorciamos, cada quien tomo su rumbo.

Entendí que existe el Síndrome de Alienación Parental, una afección patológica en las relaciones madre-hijos que destruye vidas. Me considero una madre que privó a sus hijas de la oportunidad de tener una relación con su padre, de crecer con el apoyo de éste y que su desarrollo emocional fuera diferente.

Al divorciarme, nunca supe del daño que podría ocasionar a mis hijas. No puedo hablar por ellas, pero al limitar las oportunidades de convivir con su padre, no tuve la conciencia de las repercusiones, del dolor y de los problemas que desarrolla un hijo cuando sin saber porqué no ve a su padre, lo desprecia y hasta llega a odiarlo.

Al principio mi ex esposo mantuvo la relación con sus hijas. Yo en verdad sentía que las niñas eran “mías” y que al tener yo una relación personal estable, no necesitaban tenerlo a él, y fue por eso que poco a poco le fui quitando el derecho de verlas.

Con mi actual esposo he analizado mis actitudes y las palabras utilizadas entonces. El daño que causaron no solamente a mis hijas y a su padre, sino también a mí, ya que con el paso de los años, los reproches y las consecuencias de palabras que nunca debieron existir han causado estragos. Ahora difícilmente puedo borrar o cambiar nada.

Ha sido muy duro reconocer lo mucho que me equivoque: mis palabras crearon un concepto seguramente equivocado y exagerado de él, e hicieron que mis hijas crecieran escuchando mi desprecio, que ahora reconozco, fue injustificado. Siempre escucharon que él fue quien jamás las volvió a buscar, que era un borracho, irresponsable, y seguramente mentí en otras cosas más para seguir siendo yo la buena de esta película, que por cierto no se si tendrá un final feliz.

También escucharon que fue golpeador, para yo seguir siendo la víctima, pero tristemente nunca aclaré que yo formaba parte de todas sus reacciones, con mis insultos y malos tratos. Oyeron que él jamás aportó dinero; así seguía siendo yo la heroína. Tampoco supieron que por algún tiempo si nos dio para ayudar un poco en sus necesidades y que fui yo quien decidió no pelear por los derechos de mis hijas, con tal de seguirle demostrando que no lo necesitábamos, aunque la realidad era otra.

Así pasaron los años y los conceptos e historias las fui modificando a mi conveniencia, creando en mis hijas una dependencia absoluta en su madre.

Las historias de horror y miedo con su padre eran verdad, la relación era tormentosa para mi y para ellas, pero nunca debí hablar de más, no debí haberlo usado como arma para que mis hijas despreciaran a su padre. Ya tendrían ellas oportunidad de conocerlo y juzgarlo.

Mi hija la mayor es la que más ha padecido esa sensación de abandono, pues le ha causado mucha inestabilidad en sus relaciones amorosas, en su vida diaria y en su relación conmigo. Son tantos los conflictos emocionales, que en su momento sintió que al buscar a su padre podría aliviar ese dolor que sentía. Una vez más me doy cuenta del daño causado, ya que con el paso de los años, él se olvidó y desistió de buscarlas y por lo tanto se negó a tener contacto con ella; lo que causó más dolor y odio en el alma de mi hija. Equivocadamente pensé que la había formado sanamente.

Mi hija menor guarda silencio, pero se que las dudas ahí están... seguramente tiene dolor; seguramente se protege diciendo que no le importa.

Vuelvo a repetir, no puedo hablar por mis dos hijas, pero si sé que nuestras vidas hubieran sido diferentes, mejor o tal vez peores, pero si tan sólo hubiéramos sabido... sería distinto.

Ileana Talancón